

**Pérez de Guzmán, Enrique , Marqués de Santa
Marta**

**Cambio de billetes del Banco de España /
consideraciones del Marqués de Santa Marta con
motivo del informe emitido sobre esta cuestión, á
consulta del Banco por catorce abogados del
Colegio de esta Corte.**

Madrid : Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra,
1866.

Signatura: D-09924

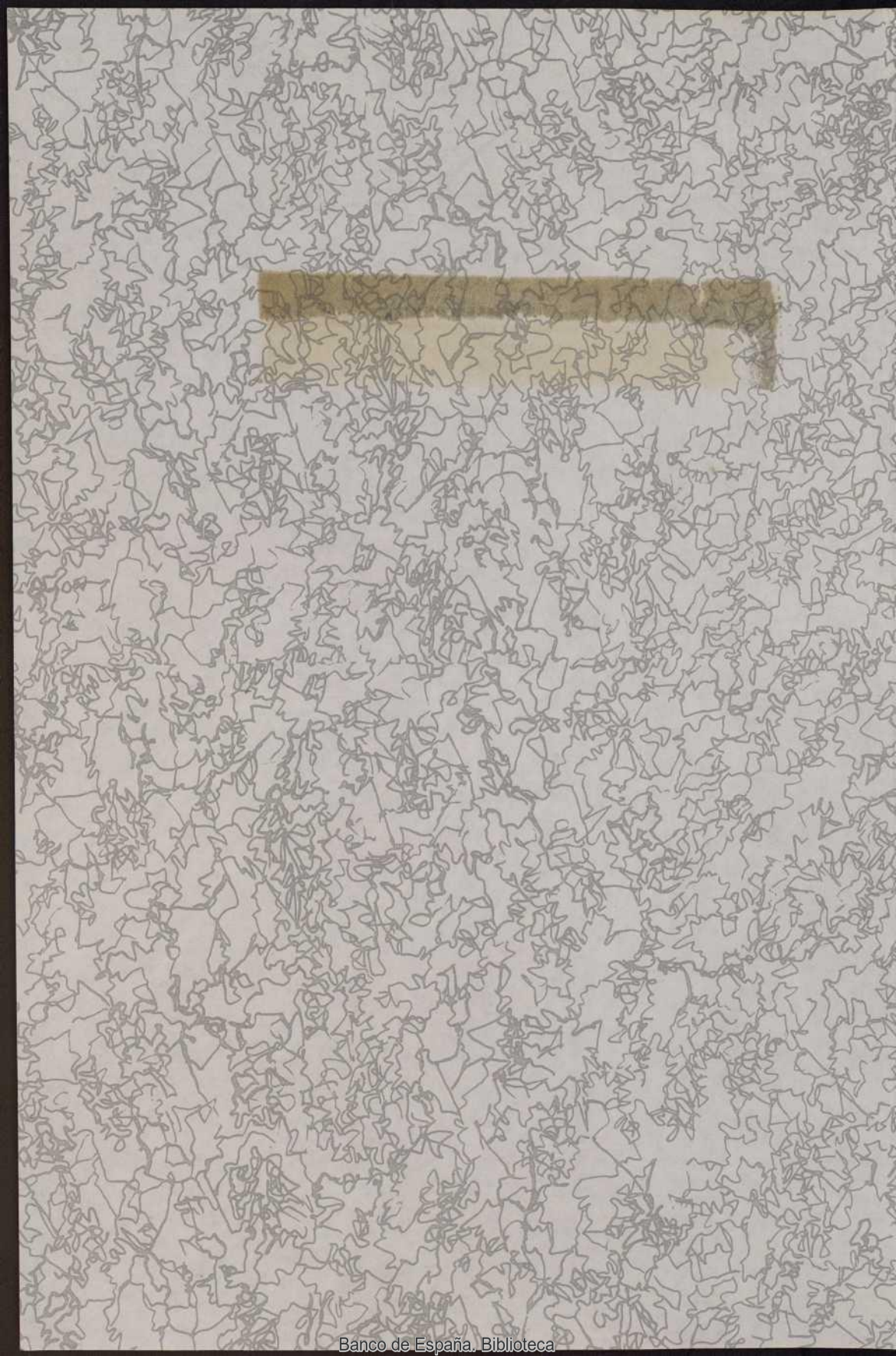
La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

D-9924



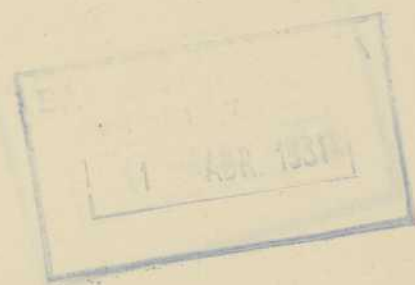
BANCODE ESPAÑA
Eurosisitema

BIBLIOTECA



1 100008 316451

D-9924



BANCO DE ESPAÑA

LIBRO DE ACTAS

DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

AÑO 1961

PRIMERA SESIÓN

ACTA





1101

29

350-

CAMBIO DE BILLETES

DEL

BANCO DE ESPAÑA.

CONSIDERACIONES

DEL

MARQUÉS DE SANTA MARTA

CON MOTIVO

DEL INFORME EMITIDO SOBRE ESTA CUESTION,

Á CONSULTA DEL BANCO,

POR

CATORCE ABOGADOS DEL COLEGIO DE ESTA CÓRTE.

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, 3.

1866



THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

CONTENTS

ARTICLE BY REV. J. H. M. VAN DIJK

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

THE
JOURNAL OF THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE

SE ha publicado y repartido estos dias con cierta profusion un Informe que han emitido catorce abogados de esta Córte sobre la cuestion del cambio de billetes del Banco de España que tengo sometida hace tiempo á los tribunales de justicia. Revela, á mi modo de ver, la publicacion de ese Informe, en el ánimo de los Directores del Banco, el intento de prevenir el juicio de los que están hoy llamados á fallar el pleito ejecutivo, y tambien el de disipar la justa desconfianza de los tenedores de sus billetes, cada dia más en descrédito. Se habria, de otra manera, limitado á guardar para sí la opinion de sus consultores, y á determinar por ella su conducta.

Está acreditado el doble intento que atribuyo al Banco, aún más que por la publicacion del Informe, por los extremos que el mismo abraza y toca, pues habla, no ya tan sólo de las cuestiones jurídicas á que mi demanda puede ha-

ber dado origen, sino tambien de si, atendida la situacion económica de esta plaza, y áun la de todo el reino, está ó no justificada la restriccion que al cambio de sus propios billetes ha puesto el Banco, dando de paso sobre la próspera situacion del Establecimiento seguridades, que, sólo procediendo de personas más competentes en esta materia, podrian calmar algun tanto la fundadísima alarma de los acreedores por billetes. De no ser éste su propósito, ¿cómo habria podido ni concebir la idea de hacer extensiva á cuestiones y asuntos tales su consulta á letrados, si distinguidos en el foro, de escasísima autoridad como hombres de negocios?

Léjos de mí la idea de imitar al Banco, tratando de ejercer presion de ningun género sobre el ánimo de mis jueces. Sin ejercerla, he obtenido de la Sala primera de la Audiencia un fallo que me favorece; y sin ejercerla, espero obtener del Tribunal de Comercio sentencia de remate contra mi adversario. Veo en el billete de Banco un valor comercial superior á los demas valores; una promesa de pago, siempre reconocida y siempre vencida; un documento público, suscrito nada ménos que por un representante del Estado; la expresion de un contrato de depósito, creado y determinado por la misma ley de Bancos; un titulo al portador, pagadero á la vista, en cuanto sea presentado á la caja del que lo ha emitido; y no puedo creer que tan entendido Tribunal le niegue la fuerza ejecutiva que ha de reconocer en la letra de cambio aceptada, y áun en la simple póliza original de un contrato firmado por las partes é intervenido por un corredor de número. Con tan buena causa ¿necesito acaso ejercer sobre el ánimo de mis jueces más presion que la del derecho, que acaba al fin por prevalecer sobre el amaño y la intriga

donde quiera que no se haya llegado al mayor extremo de envilecimiento?

Pero, si no trato de imitar al Banco, previniendo con informes de letrados el juicio de los que hoy conocen del negocio, trato sí de imitarle, justificando mi conducta. No tengo ni he tenido jamas contra el Banco animosidad de ninguna especie. He entablado mi demanda, no con el deseo de embarazar su accion ni de crearle un conflicto, sino con el de salir á la defensa de mis intereses. No pudiendo en el pasado año de mil ochocientos sesenta y cinco cubrir en billetes todas las atenciones de mi casa, acudí várias veces al Banco en busca de metálico. El Banco, á pesar de haberse podido convencer de que yo no solicitaba el cambio de billetes con miras de especulacion ni de agio, no se prestó á darme ni la tercera parte del dinero que le pedia. Adverti que no presenté nunca al cambio billetes por más de diez mil escudos. Vi con esto lastimados mis intereses, y creyendo indecoroso seguir más tiempo pidiendo por favor lo que por deber habia de dárseme, hice presentar á la Caja del Banco billetes por veinte mil escudos, con orden de protestarlos si en el acto no se procedia á su pago. Se los hubo de protestar por haber alegado el Gobernador del Banco que las circunstancias del Establecimiento no permitian que se me cambiáran billetes por más de dos mil escudos, y de aquí la demanda ejecutiva. Creo que nadie puede poner en duda si estuve ó no en mi derecho. Me consideré, no sólo con el derecho, sino tambien con el deber de adoptar esta conducta. Adoptándola, defendia, al paso que mis propios intereses, los de todos los tenedores de billetes, cuyas amargas quejas se dejaban ya oir en calles

y plazas; creí de mi deber, puesto que mi situación me lo permitia, iniciar y seguir, en defensa del interes de todos, el litigio que sostengo.

Si obré mal, confieso que no lo reconozco todavía, ni ha podido llegar, por lo tanto, la hora de mi arrepentimiento. Ni acierto á ver que me obliguen á retirarme del pleito, el patriotismo ni la deferencia que posteriormente ha tenido conmigo el Banco, ofreciéndose á cambiarme, y cambiándome, billetes por veinte mil escudos, cuando no solicitaba cantidad determinada; ni pueden tampoco tranquilizarme las seguridades que se dan en el Informe. Me tranquilizarían tal vez, si me las diesen personas versadas en la marcha de los negocios del Banco, y me dijesen, no que habian tenido á la vista datos y antecedentes, sino que habian practicado un riguroso arqueo. No puede dar tranquilizadoras seguridades sobre la situación de un Banco sino el que haya visto por sus propios ojos su metálico en caja y los valores en cartera, y haya examinado por qué cantidad figuran en la cartera los efectos á más de noventa dias y los de más corta fecha, y haya podido apreciar, por las operaciones hechas durante un largo período, la marcha impresa al Establecimiento, y las ventajas que ésta tenga ó los vicios de que adolezca, y haya sido, por fin, capaz de penetrar hasta en sus más hondos secretos.

Juzgar de la situación de un Banco en descrédito por datos y antecedentes que él mismo facilite, no lo tomen á ofensa los ilustrados autores del Informe, revela una candidez de que ya no hay en este siglo sino muy raros ejemplos. En 1797 suspendió el Banco de Inglaterra el pago de sus billetes. No bien se susurró en Lóndres que iba

á suspenderlo, agolpóse á las puertas de la Caja la muchedumbre, deseosa de cambiarlos por buenas libras esterlinas. Hízose circular al punto entre los ciudadanos una hoja impresa, y en ella se daban tambien por el Gobernador, el Subgobernador y los Directores del Banco las mayores seguridades sobre la situacion próspera del Establecimiento, y lo sólidamente garantizados que estaban los billetes.

No paró aquí el engaño. Conocedora la Cámara de los Comunes de la medida y de la orden del Consejo Particular del Rey, que lo habia autorizado, nombró desde luego una comision de su seno para que se enterase del verdadero estado del Banco. Enterada la Comision, reiteró las seguridades dadas por el Gobernador, el Subgobernador y los Directores. Aseguró que el pasivo del Banco ascendia tan sólo á 13.770,390 libras, y el activo, eliminada la deuda permanente del Gobierno, que era de 11.686,800 á 17.597,280; hecho que arrojaba, á favor del Banco, un saldo de 3.825,890 libras. Confirmó, sin embargo, la Cámara la autorizacion del Consejo del Rey, y duró la suspension del pago de los billetes nada ménos que veinte y dos años.

¿Cómo, siendo la situacion de aquel Banco tan próspera, pudo prolongarse tanto ese triste estado de cosas? El Gobierno debia al Banco en 1797, ademas de los 11.686,800 libras, que constituian su deuda permanente, otros 10.000,000 de deuda flotante, que figuraban naturalmente en el activo del Establecimiento. Se hallaba en la imposibilidad de restituirselos, y aún le pedia mayores sumas. El Banco no podia, por esta sola razon, hacer frente á sus numerosas obli-

gaciones, y mucho ménos á la del pago de sus billetes, cuyas emisiones habia ido multiplicando, impelido por las exigencias del Estado y sus crecientes apuros. Esta fué, al fin, la clave para descifrar el enigma. ¿Qué valian, despues de todo, las seguridades dadas por el Banco y la comision de la Cámara de los Comunes? O esa comision fué realmente engañada, limitándose á juzgar por datos y antecedentes, ó se prestó á parecerlo.

¡ Próspera la situacion del Banco de España! No temo que su activo sea inferior á su pasivo, pero sí que constituyan tambien gran parte de su activo créditos contra el Gobierno. La deuda del Gobierno acabó con el Banco de San Carlos, sobre cuyas ruinas se levantó el de San Fernando. La deuda del Gobierno puso, á su vez, en 1848, al de San Fernando al borde del abismo. La deuda del Gobierno, es muy de temer que sea la que tenga hoy al de España, sucesor del de San Fernando, en el camino del descrédito y de la bancarota.

No, no puede ser próspera la situacion de un Banco que falta al pago de los billetes, su deuda preferente. Hoy las condiciones del Banco de Inglaterra son completamente distintas de las del año 97. Merced á Roberto Peel, autor de la ley de 19 de Julio de 1844, la emision de billetes está absolutamente separada de las demas operaciones de la Compañía. Se verifica en un departamento especial, y tiene garantias propias, cuya gran parte consiste en oro amonedado y oro y plata en pasta. Reputa el Banco tan sagrada esa reserva metálica, y tan sagrado el cambio de sus billetes, que, segun han declarado sus más altos empleados en las últimas investigaciones parlamentarias sobre

la legislacion de los Bancos, cree que debe faltar ántes al pago de las demas obligaciones que al de sus cédulas al portador, y en ningun caso ni por ningun pretexto dejar de consagrar á su cambio ni un solo penique del departamento de emision. Uno de esos funcionarios ha llegado á consignar que ni áun á la restitucion de depósitos podrian ser jamas aplicados tan cuantiosos fondos.

Los Bancos deben considerar efectivamente el billete como la más privilegiada de sus obligaciones. Sólo la confianza que el público les dispensa, les permite la emision de esos títulos; y es hasta un crimen que la burlen, dejando de cambiarlos por metálico, y pagando al corriente los demas créditos. Gracias á esa confianza, manejan un capital doble y triple del que sus accionistas aportaron, y adquieren una inmensa ventaja sobre las más fuertes casas de banca de su domicilio, cuando no sobre las de toda una provincia ó todo un reino. Gracias á esa confianza, obtienen pingües beneficios y reparten anualmente á los asociados crecidos dividendos.

No la burlan, generalmente, nunca los Bancos celosos de su buen nombre. No suspenden ni restringen el cambio de sus billetes sino despues de apurados todos los demas recursos. Comprenden, no sólo la inmoralidad de la medida, sino tambien la deplorable perturbacion que producen en toda clase de transacciones; y no la adoptan nunca disponiendo de fondos con que recoger sus cédulas. Tienen ademá presente que su mayor ó menor facilidad en recogerlas es ordinariamente la medida de su crédito.

¿Cómo he de creer que el Banco de España sea la excepcion de la regla, y deje de pagar al corriente sus billetes,

pudiendo cambiarlos todos con disponer de su reserva metálica, y realizar dentro de un corto plazo sus valores en cartera? Creerlo sería á mis ojos inferirle la mayor de las injurias; sostenerlo, formular contra él la acusacion más grave que pudo en ningun tiempo dirigirse á un Banco de emision y de descuento. ¿Cómo no habria de atribuirle entónces mala fe, al obligarme á protestar sus billetes por falta de pago, y acudir para su cobro á los tribunales de justicia? Para que yo y los demas tenedores los podamos cobrar al presentarlos, le obliga la ley á tener constantemente en caja y en cartera metálico y valores cuyo plazo no exceda de noventa dias, bastantes á cubrir sus débitos, no sólo por billetes, sino tambien por cuentas corrientes y depósitos. Y teniéndolos, ¿habia de negarse al pago íntegro de mis cédulas, y obligarme, para cambiarlos por oro, á dar veinte y tres y veinte y cuatro pesos por talega? Flagrante violacion de la ley sería que hubiese dispuesto de su reserva; pero iniquidad sería, y no menor, que, conservándola y pudiendo con ella cambiar á la vista sus billetes, se negase á satisfacerlos, manteniendo viva una honda y general alarma.

Mas quiero por un momento suponer que sean sobre este punto ciertas las apreciaciones de los autores del Informe. Examinemos los poderosos motivos por que tan dignos letrados suponen que el Banco restringe el cambio de sus billetes, á pesar de tener medios sobrados para recogerlos. Al decir de ellos, el Banco obra inspirado por altas consideraciones de interes público. Pretende evitar por este medio la emigracion de la moneda y la consiguiente crisis monetaria, el grave conflicto de muchas casas de comercio,

la ruina de la plaza de Madrid, y una profunda perturbacion en el crédito de la nacion entera.

Quisiera que se me dijese, ante todo, quién ha erigido al Banco en vigilante y custodio de los intereses generales, y en virtud de qué ley está facultado para, tomándolos por motivo segun su particular criterio, faltar al cumplimiento de las obligaciones que por la misma ley le están impuestas. Aunque lleva el pomposo título de Banco de España, no es en realidad más que un banco local, cuyos billetes apenas circulan más allá de las tapias de esta Corte. ¿Qué sería entre nosotros de la circulacion y del crédito, si cada uno de los bancos de provincia se erigiese en árbitro para apreciar los intereses nacionales, y determinar por ellos su conducta, independientemente de las leyes? Para estar dispensado de cumplirlas, necesitaria el Banco de España, aún cuando correspondiera á su título, una autorizacion del legislador, como la que en 1797 obtuvo de la Cámara de los Comunes el Banco de Inglaterra. ¿La ha obtenido? ¿Se ha tomado el trabajo de pedirla?

La moneda, convertida en mercancía, tiene hoy una irresistible tendencia á venderse en los mercados extranjeros, dicen los autores del Informe; urge contenerla. Mas, sin advertir que si el contenerla entrase en las atribuciones ó en los deberes del Banco, y fuese asequible impidiendo que saliera de las cajas del Establecimiento cuanta en ellas entrase, lo lógico sería, no restringir, sino suspender en absoluto el pago de los billetes, interin no desapareciesen las causas que llaman á otras naciones el oro y la plata que acuñamos. Esta fue, sobre poco más ó ménos, aunque no para evitar la emigracion de la moneda, la conducta que,

en el mismo año de 1797 siguió el Banco de Inglaterra. La mayor cantidad que daba en metálico era la de una libra esterlina.

Quiero por de pronto conceder que esa tendencia de la moneda á salir del país sea completamente cierta. Concederé, y es más, que la emigracion sea ya tan considerable, que constituya un verdadero peligro. ¿Qué adelantamos con que permanezca la moneda en España, si ha de estar muerta en las arcas del Banco? Que esté en el extranjero, que esté enterrada en la caja del Banco, el resultado será siempre el mismo. En cuanto dejan de pagarse al corriente los billetes, lo enseña la historia del crédito en todas las naciones del mundo, la moneda metálica adquiere al instante premio, y ese premio aumenta á proporción que crecen las dificultades para el cambio de las cédulas. En 1696 pasó el Banco de Inglaterra por su primera crisis. Hubo de ir poco á poco suspendiendo el pago de sus billetes, y el premio del oro fué subiendo al veinte por ciento. Del año 1797 á 1820, período de la crisis tantas veces citada, el oro llegó á valer un veinte y cinco. Ni la autorizacion del Parlamento para suspender el cambio, ni la deferencia del comercio de Lóndres, que se comprometió á no rehusar por ningun motivo los billetes en pago de sus créditos, bastaron á impedir tan grave y perturbador acontecimiento.

Discutióse entónces con calor sobre la causa del fenómeno. Las opiniones todas hubieron de enmudecer al fin ante la del célebre economista David Ricardo, que en un luminoso y enérgico folleto demostró que el encarecimiento de los metales no era sino la prueba del menosprecio en que habian caído los billetes.

¿Qué sucedió en nuestra misma patria el año 1848? El Banco de San Fernando, hoy de España, fué poco á poco dificultando el cambio de sus cédulas, y el premio de la moneda metálica creciendo hasta el catorce por ciento. Hoy mismo el oro está ya al pormenor al tres por ciento, y al pormayor, como he dicho ántes, á veinte y cuatro pesos por talega. No dejará de llegar otra vez al catorce por ciento, ó más, si el Banco se empeña en ir atornillando sus arcas contra los tenedores de sus billetes.

La moneda es siempre una mercancía; pero hoy, más que en los tiempos normales, es aquí verdaderamente materia de agio. ¿Quién más que el Banco, por su conducta, contribuye á que lo sea? En Barcelona hay, no sólo un banco de emision, sino tambien várias sociedades de crédito, que bajo la forma de abonarés ú otra análoga, han creado un papel, que es en el fondo el billete de Banco. El oro no tiene, sin embargo, premio. ¿Por qué? El Banco no ha pensado aún en restringir ni en lo más mínimo el cambio de sus billetes á la vista.

En la misma causa creadora del mal se busca aquí el remedio. El nudo de la dificultad, añaden los autores del Informe, está en que entre los valores emitidos en papel y el metálico circulante existe una desproporcion verdaderamente tristísima. Esa desproporcion no ha de cesar, á buen seguro, con la marcha que sigue el Banco. Podria el Banco disminuirla, pero no negándose al pago de sus billetes, sino recogiénolos; no guardando el oro en sus arcas, sino entregándolo á la circulacion, que tan imperiosamente lo reclama. Lo que sin disputa está de más, es el papel; lo de ménos, el oro; sólo soltando oro y retirando papel, es na-

tural que se restablezca el equilibrio. ¿Cómo se dominó al fin la crisis de 1848? El Banco no debería echarlo nunca en olvido. Se la dominó taladrando, no ya simplemente recogiendo, una gran parte de la emision del Banco. Las emisiones de papel, importa mucho tenerlo en cuenta, están limitadas, más que por la ley, por las necesidades comerciales de su demarcacion circulatoria. Cuando las sobrepujan, el desequilibrio y la crisis vienen, por más que no emigre la moneda, ni otra causa los provoque. ¿Qué otro remedio ha de haber entónces que, ó recoger é inutilizar una parte de los billetes emitidos, ó ensanchar, como se hizo, el mismo año 1848, en Francia, la esfera de circulacion del Banco?

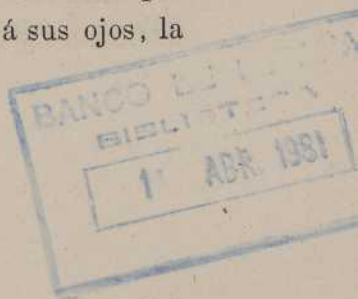
Los autores del Informe, ántes de dar tantas seguridades sobre la situacion del Banco de España, tengo para mí que debian haber examinado muy cuidadosamente si para él habia ó no llegado este caso. Despues de haberse enterado de la verdadera suma por que figurasen en el activo del Establecimiento los créditos contra el Estado á mayor plazo de noventa dias, ese exámen era lo que más podia ilustrarlos y determinar su juicio. Olvidaron, desgraciadamente, esos dos importantes puntos, y dominados, de una manera casi exclusiva, por la idea de la desaparicion de los metales acuñados, se limitaron á darnos por todo dato las cantidades en metálico que dentro de dos cortos períodos habian salido de las cajas del Establecimiento. Como si ese mismo hecho no pudiera reconocer por causa la excesiva emision de papel, atendidas las necesidades de esta plaza, la consiguiente alza en los cambios sobre las demas plazas nacionales y extranjerass, la consiguiente ventaja para és-

tas en saldar sus cuentas con oro, y no con valores comerciales, y por término de todo, la consiguiente salida de numerario, es decir, esa misma emigración de la moneda que ha preocupado á tan esclarecidos jurisconsultos hasta el punto de hacérsela tomar como la causa inmediata de la crisis que atraviesa el Banco.

No negaré que salga del país una parte más ó menos considerable de numerario; pero sí diré que no es de comparar con la que sale para nuestras mismas provincias, cuyos pedidos de oro pueden contribuir algun tanto á encarecer aquí los metales amonedados. No todo el oro que ha salido del Banco en los dos citados períodos, ni aún la mayor parte, puedo admitir, además, que haya emigrado de la Côte. En toda crisis, grande ó pequeña, es buscado con afán el oro, si por algunos con objeto de especular, por los más con el propósito de guardarlo, y prevenirse contra los efectos de la crisis misma.

Sea de esto, no obstante, lo que fuere, repito que el remedio no está en la suspensión del pago de los billetes, que desnivelando, como es sabido que desnivela, los cambios, no puede ménos de mantener y aún fomentar el mal, en vez de destruirlo ni de aminorarlo.

Si, por otra parte, para evitar del todo la emigración de la moneda al extranjero, debe negarse el Banco á normalizar el cambio de sus billetes, ¿como cuánto tiempo les parece á los autores del Informe que habrá de durar ese anómalo estado de cosas? Declaran que han emigrado principalmente ciertas monedas, que han adquirido fuera de España una considerable prima; y revelan con esto que una de las causas de la emigración ha sido, á sus ojos, la



mejor ley del oro ó de la plata que acuñamos, relativamente á la de los otros pueblos. Admitiendo que fuese ésta la causa, ¿habia de estar nunca en manos del Banco impedir por sus medidas la exportacion de numerario? Una de las verdaderas causas de la emigracion de la moneda es sin duda el saldo en contra de España que arroja la importacion sobre la exportacion; saldo que no podemos pagar sino en metálico. ¿Está tampoco al alcance del Banco hacer que desaparezca?

Despues de todas estas consideraciones, dejo al juicio de mis conciudadanos si tengo ó no motivos para seguir contra el Banco mi demanda ejecutiva. Sobre no tener el Banco derecho á faltar al cumplimiento de obligaciones que le han sido impuestas por sus propias leyes, no tiene, para suspender ni restringir el cambio de sus billetes, ni aún las razones de conveniencia pública con que se pretende legitimar su extraña conducta, abiertamente contraria al fin por que se la supone inspirada. Con mi demanda, sobre alcanzar la reintegracion de mi derecho y del de los demas tenedores de billetes, podré tal vez contribuir á apartar al Banco de tan mal camino.

Á mis ojos, como llevo dicho, su situacion es falsísima y mala; creo que para vencerla urge apelar á remedios heroicos. Importará poco que acuda al Gobierno ni á las Córtes para conjurar presentes ni futuros peligros; ¿qué podrá pretender de esos poderes públicos, que baste á salvarle, sin agravar las condiciones del mercado? Ni una autorizacion para imponer á su antojo mayores ó menores restricciones al cambio de billetes, ni una ley declarando forzosa la circulacion de esos títulos, podrian detener los

tristes efectos de nuestra crisis metálica. Ya que no quepa rechazar los billetes, el productor carga siempre sobre sus artículos el premio del oro. El descuento y menosprecio de las cédulas de Banco se hacen por esta razon inevitables.

Si, como hasta aquí, no antepone el Banco de España á su propio interes los intereses generales, cuya defensa aparenta tomar á su cargo, debe buscar, no en los poderes constituidos, sino en sí mismo, la solucion del conflicto. ¿Depende su estado de sus grandes créditos contra el Gobierno? Liquide con él, ó negocie al cambio que pueda los valores que de él tenga recibidos. ¿Depende de que su emision sea excesiva? Limitela, recogiendo y aún inutilizando parte de sus billetes. ¿Son las necesidades de la Hacienda las que le han obligado á hacer una emision superior á las necesidades de la plaza? Comprometa á la Hacienda á reiterar las salvadoras medidas de 1848. ¿Está el mal en sus propios desaciertos? Púrguelos, renunciando á sus beneficios, y sacrificando, si es menester, hasta su capital, afecto al pago de todas sus operaciones.

Sería hoy hasta un sarcasmo hacer un llamamiento al patriotismo de los españoles en beneficio del Banco. Los tenedores de billetes vemos todos los dias sacrificados nuestros intereses por el descuento que sufren. ¿Qué pérdidas se han repartido entre los accionistas del Banco?

Repito que no me mueve contra el Banco de España ningun sentimiento de ódio. Lamento que, despues de haberme confundido, en cierto modo, con los agiotistas del oro y los explotadores de todas las calamidades públicas, haya permitido que sus letrados consultores hayan puesto en duda si tendria aún en mi poder los mismos billetes

que acompañé con mi demanda, y presentaría ahora otros para que la ejecucion se despachára, sabiendo que los billetes objeto del pleito habian sido protestados, y su respectivo número no podia ménos de constar en el protesto; cosa que tampoco debian ignorar, siendo hombres de ley, los autores del Informe; lo lamento mucho más, cuando sabe el Banco que dispongo de otros valores de consideracion, y no tengo necesidad de usar de unos billetes que, al serme devueltos por el Tribunal de Comercio, no quise recibir sino á ley de depósito, hecho por el que estaba privado de darlos y realizarlos; pero ni éstos pueden ser motivos de resentimiento para el hombre que, respecto á sus acciones, anteponga á la errada opinion de los demas los fallos de su propia conciencia, ni estoy acostumbrado á determinar por tan frívolas causas mi conducta.

Si abrigára realmente animosidad contra el Banco, ¿qué más podria yo desear que perder mi pleito? El dia en que se declarase por sentencia ejecutoria que los billetes carecen de fuerza ejecutiva, tendrian los enemigos del Banco en sus manos la más poderosa de las armas. «¿Creiais tener en los billetes, dirian á sus conciudadanos, un valor equivalente á la moneda, por ser pagaderos á la vista? Sabed que no teneis en ellos más que un papel cuyo valor depende de la voluntad del Banco. Si el Banco se niega á pagároslos, no disponeis para realizarlos ni áun de las acciones que os da la ley para cobrar la letra de cambio aceptada, el pagaré reconocido, la póliza de un contrato intervenida por corredor, y la escritura pública. Teneis en vuestras manos el más despreciable de los valores comerciales.» ¿Necesitaban acaso de más para provocar un alza súbita en el des-

cuento de los billetes, y una honda perturbacion en el mercado?

En prueba de que no soy enemigo del Banco, puedo asegurar que deseo de todas véras ganar mi pleito.

Madrid, 15 de Febrero de 1866.

EL MARQUÉS DE SANTA MARTA.







